

Triscaidecafobia

Es domingo por la mañana. Mi madre se ha conectado a Internet y oigo jazz del malo sonando a través del módem. Estoy en el baño.

Hace poco descubrí que mi madre se dedica a teclear en el buscador de Yahoo el nombre de enfermedades mentales aún por inventar: «síndrome de delirio adolescente», «problema de imaginación hiperactiva», «estabilizadores holísticos conductuales».

Si tecleas en Yahoo «síndrome de delirio adolescente», lo primero que te aparece es una página que habla del síndrome de Cotard. El síndrome de Cotard es un tipo de autismo en el que la persona afectada se cree que está muerta. En la página web en cuestión aparecen jugosas citas de víctimas de la enfermedad. Pasé una temporada insertando estas frases en los momentos de silencio que suelen producirse durante la cena o cuando mi madre me preguntaba qué tal me había ido en el colegio.

«Mi cuerpo se ha convertido en un caparazón».

«Mis órganos internos son de piedra».

«Llevo años muerto».

Ya he dejado de decir ese tipo de cosas. Cuanto más me hacía el cadáver, menos abierta se mostraba ella a comentar asuntos relacionados con la salud mental.

Empecé también a escribir cuestionarios para mis padres. Quería conocerlos mejor. Y les preguntaba cosas como:

¿Qué enfermedades hereditarias tengo probabilidad de heredar?

¿Qué dinero y tierras tengo probabilidad de heredar?

Si vuestro hijo fuera adoptado, ¿a qué edad decidiríais contarle la verdad sobre sus orígenes?

- a) 4-8
- b) 9-14
- c) 15-18

Yo tengo casi quince.

Les echaron un vistazo a los cuestionarios, pero no los respondieron.

Desde entonces, he recurrido al análisis furtivo para descubrir los secretos de mis padres.

Me he enterado asimismo de que mis padres llevan dos meses sin mantener relaciones sexuales. Controlo sus momentos íntimos por medio del regulador de intensidad de luz de su habitación. Sé cuándo lo han hecho porque a la mañana siguiente el interruptor está todavía situado en la mitad de su recorrido.

Descubrí también que mi padre sufre episodios de depresión: en la papelera de mimbre que hay debajo

de su mesita de noche encontré un frasco vacío de anti-depresivos tricíclicos. La depresión te ataca por asaltos. Como un combate de boxeo. Mi padre está en el rincón de la tristeza.

Si quiero determinar el inicio de un episodio de depresión de mi padre no me queda otro remedio que recurrir a toda mi intuición. Hay dos señales. Una: lo oigo vaciar el lavavajillas desde mi estudio, que está en la buhardilla. Dos: cuando escribe, presiona el bolígrafo con tanta fuerza que, desde un determinado ángulo, es posible ver sus notas de dos o tres días marcadas en la superficie del mantel de plástico que se limpia tan fácilmente y que utilizamos para cubrir la mesa.

He ido a yoga,
hay cordero en la nevera,
Ll.

He ido a Sainsbury's,
Ll.

Grábame lo que dan en Channel 4 a las nueve,
Lloyd.

Mi padre no ve la tele, solo graba cosas.

Existen, del mismo modo, maneras de detectar el fin de un episodio de depresión: cuando mi padre realiza algún que otro elaborado juego de palabras o si se dedica a imitar a un gay o a un oriental. Son buenos síntomas.

Para poder hacer planes a largo plazo, me interesa conocer desde ya mismo los problemas mentales de mis padres.

Aún tengo pendiente de determinar la palabra que define correctamente la afección de mi madre. Tiene suerte, porque sus problemas de salud mental se confunden con determinados rasgos de carácter: cordialidad, encanto y placidez.

He aprendido más sobre la naturaleza humana viendo los programas matutinos de entrevistas que dan en los canales de televisión privada entre semana que lo que ella haya podido aprender en toda su vida. Le digo: «No estás dispuesta a afrontar el vacío existente en tus experiencias interpersonales», pero no me escucha.

Ciertas evidencias apuntan a que el empleo de mi madre es el culpable de su estado mental. Trabaja en el departamento de servicios generales y asuntos jurídicos del ayuntamiento. Y tiene muchísimos compañeros. Una de las reglas de su departamento es la de invitar a todos los colegas a pastel casero el día de tu cumpleaños.

Lo que me lleva de nuevo al botiquín del cuarto de baño.

Deslizo la puertecilla con frente de espejo; la imagen de mi cara desaparece para dar paso a cajas blancas y negras que contienen pomadas de farmacia, pastillas en blísteres y frascos de color marrón tapados con un pedazo de algodón. Hay Imodium, Canesten, Piriton, Benylin, Robitussin junto con algunos tratamientos holísticos de sospechoso aspecto: árnica, equinácea, hipérico y unas hojas secas de aloe vera.

Piensan que tengo problemas emocionales. Y creo que por eso no quieren cargarme con el peso de los suyos. Pero lo que no entienden es que sus problemas son ya mis problemas. Es posible que haya heredado los endebles conductos lagrimales de mi madre. En cuanto hay un poco de

viento, se le llenan los ojos de lágrimas que empiezan a resbalarle cara abajo hasta alcanzar los lóbulos de las orejas.

He llegado a la conclusión de que la mejor manera de conseguir que mis padres se abran a mí es dándoles la impresión de que soy una persona emocionalmente estable. Les diré que está visitándome un terapeuta y que estoy bien en general, con la excepción de que me siento desconectado de mis padres y que tendrían que mostrarse más generosos con sus anécdotas.

Cerca de mi casa hay un centro médico donde ofrecen distintos tipos de terapias: fisioterapia, psicoterapia, terapia ocupacional. Calculo qué especialista me dará menos problemas. Mi cuerpo está en perfecto estado, de modo que me decanto por el doctor en medicina Andrew Goddard, especialista en fisioterapia.

Me responde al teléfono un secretario. Le explico que necesito que Andrew me reciba a primera hora porque luego tengo que ir al colegio. Me dice que puede darme para el jueves por la mañana. Me pregunta si he estado alguna vez en el consultorio y le digo que no. Me pregunta si sé dónde está y le digo que sí, que está al lado del parque de los columpios.

Me quedo estupefacto al descubrir que en las Páginas Amarillas hay anuncios de agencias de detectives. De agencias de detectives de verdad. Una de ellas tiene el siguiente eslogan: «Podrás huir, pero no esconderte». Doblo la página por la esquina superior para encontrarla fácilmente cuando la necesite.

Jueves por la mañana. Normalmente dejo que me despierte mi madre, pero hoy me he puesto el despertador a las

siete. Lo oigo gimotear en el otro extremo de mi habitación. Lo escondí en el interior de la caja de plástico donde guardo los mandos de la consola que ya no funcionan para de este modo obligarme a salir de la cama, atravesar la habitación, sacarlo a tientas de la caja y, solo entonces, pulsar el botón para silenciarlo. Fue una maniobra táctica de mi anterior yo. Que puede llegar a ser muy cruel.

Cuando lo escucho, el sonido me recuerda el de la alarma de ese coche que se dispara en el momento en que pasa por su lado un camión de gran tonelaje.

El coche en cuestión es propiedad del hombre que vive en el dieciséis de la calle de debajo de la nuestra, Grovelands Terrace. Es un pansexual. Los pansexuales se sienten sexualmente atraídos hacia todo. Animado o inanimado, les da igual: guantes, ajo, la Biblia. Tiene dos coches: un Volkswagen Polo para cada día y un Lotus Elise amarillo para fardar. Aparca el VW delante de su casa y el Lotus detrás, en mi acera. El Lotus es el único coche amarillo de la calle. Es muy sensible.

He visto en numerosas ocasiones al vecino atravesar corriendo el jardín posterior de su casa, abrir la verja y apuntar con la llave hacia el coche. El gemido se detiene. Si sucede a altas horas de la noche, levanta la vista para ver cuántas luces se han encendido en las ventanas de las casas de mi calle. Y luego desliza con ternura una gran mano por el capó y el techo para comprobar que el coche no tenga ninguna rayada.

Una noche, gimoteó de forma intermitente entre medianoche y las cuatro de la madrugada. Al día siguiente tenía examen de matemáticas con la señora Griffith y decidí hacerle entender que, en nuestra comunidad, este tipo de conducta no es aceptable. De modo que cuan-

do a la hora de comer llegué a casa —después de haber hecho un examen penoso—, fui directamente a donde estaba estacionado el Lotus y vomité expresamente sobre el capó. Era en su mayoría galletas de arándanos. Aquella tarde llovió con ganas y a la hora del té los efectos de mi lección se habían disipado por completo.

Cuando bajo a desayunar, mi padre me pregunta qué hago levantado tan temprano.

—Tengo visita con un terapeuta a las ocho y media, el doctor Goddard. —Lo digo como si mi nueva asunción de responsabilidades careciera de importancia.

Mi padre deja de cortar a rodajas el plátano que iba a mezclar con su *muesli*. La piel abierta del plátano se asienta en la palma de su mano para protegerlo de la caída en picado del cuchillo. Un detalle que deja patente su madurez.

—Oh, estupendo. Bien hecho, Oliver —dice, moviendo la cabeza en un gesto afirmativo.

Mi padre admira la planificación; deja el *muesli* en la nevera toda la noche para que absorba debidamente la totalidad de la leche semidesnatada.

—Sí, no es ningún pez gordo. Pero he pensado que me gustaría charlar con un profesional sobre algunas cosas —digo, con un tono que pretende sonar a improvisado.

—Eso está muy bien, Oliver. ¿Quieres algo de dinero?

—Sí.

Saca la cartera y me da un billete de veinte y uno de diez. Sé perfectamente cuándo el dinero que gasto me lo ha dado mi padre porque dobla la parte superior de los billetes de veinte sobre sí misma, como una sábana, para

que quepan discretamente en su cartera. Los ciegos también doblan los billetes.

—Las ocho y media —dice, mirando el reloj—. Te llevo en coche.

—Es justo aquí en Walter's Road. Iré andando.

—De ningún modo —dice—. Quiero llevarte.

En el coche, mi padre me trata con gran consideración.

—Me ha impresionado —mira por el retrovisor exterior, pone el intermitente de la derecha y gira por Walter's Road— que hayas decidido hacer esto, Oliver.

—No tiene importancia.

—Ya sabes que si quieres hablar sobre cualquier cosa tanto tu madre como yo hemos vivido mucho y es posible que podamos ayudarte.

—¿Sobre qué tipo de cosas? —pregunto.

—Mira..., no somos tan inocentes como piensas —dice, echándome una miradita de reojo que solo puede hacer referencia a asuntos sexuales.

—Algún día me gustaría tener una charla, papá.

—Oh, estupendo.

Sonrío porque quiero que crea que nos llevamos como amigos. Él me sonrío porque piensa que es un buen padre.

Mi padre se detiene delante del consultorio y se queda mirando cómo cruzo el jardín. Le digo adiós con la mano. La tensión de su cara refleja una combinación de orgullo y aflicción.

La consulta no se parece en nada a un hospital. Me recuerda la casa de la abuela: escaleras con pasamanos de

madera y moqueta por todas partes. En la pared hay un póster con el dibujo de una columna vertebral empinada, como una víbora a punto de disparar su veneno. Sigo los letreros que me guían hasta la sala de espera.

En la recepción no hay nadie. Le doy al timbre que han fijado con clavos al mostrador. A su lado, un cartelito reza «Pulse para solicitar asistencia».

Sigo dándole hasta que oigo pasos en la planta de arriba.

Cojo el *Independent* del revistero y me siento. Las sillas están diseñadas para mejorar la postura. Enderezo la espalda. Finjo que leo el periódico. Voy de camino al trabajo en transporte público.

Una voz dice que debo de ser el señor Tate. Levanto la vista y lo veo delante de mí con un portapapeles. Tiene las manos grandes. Lo reconozco.

—¿Te importaría rellenar este formulario antes de empezar? —dice, entregándome el portapapeles—. ¿Vives en el número quince, verdad? ¿Eres el hijo de Jill? —me pregunta.

Me doy cuenta de que es el pansexual que vive en Grovelands Terrace. Me sorprende que permitan trabajar a los pansexuales de recepcionistas.

Rechazo el impulso de escribir una dirección falsa.

—Perfecto, muy bien. Si me acompañas, por favor.

Entramos en una habitación con una cama tipo camilla y un esqueleto de mentirijillas en un rincón. En la habitación no hay nadie más. El pansexual toma asiento en la silla del médico.

—Lo siento, creo que no me he presentado. Soy el doctor Goddard —me tiende la mano—, pero llámame Andrew, por favor.

De cerca, sus manos son todavía más grandes. Aunque en realidad no lo son..., es simplemente una cuestión de escala.

—Y bien —dice, echando un vistazo al formulario—, Oliver. ¿Qué te trae por aquí?

Le digo que la espalda. Que me duele.

—De acuerdo. Si no te importa quitarte toda la ropa, toda excepto los calzoncillos, podremos echarte un vistazo. —Cuando dice «podremos», se refiere a «podré».

Me quito los zapatos, después los vaqueros, pero dejo los calcetines. Después me paso por la cabeza el jersey y la camisa, todo a la vez, para ahorrar tiempo.

—El dolor de espalda suele estar relacionado con el estilo de vida. —Aporrea el teclado—. ¿Pasas mucho rato sentado?

—Estoy sentado en clase —digo—. Y también paso ratos en el escritorio de mi habitación, en la buhardilla.

Mueve la cabeza en un gesto de asentimiento y se gira hacia la pantalla del ordenador.

—Desde allí veo todos los jardines traseros de su calle —le explico.

Lee alguna cosa, entrecerrando los ojos.

—Ya —dice.

Sigue pulsando la tecla de la flecha descendente.

Dejo que se ponga al corriente de toda la información. Se detiene y se vuelve hacia mí. Mueve afirmativamente la cabeza, pestañea y señala mis piernas.

—Eres alto para tu edad, Oliver, y tienes los fémures largos. Eso implica que la mayoría de las sillas no son adecuadas para ti.

Descanso las manos sobre los muslos.

—Seguramente te sentarás a menudo con los hombros caídos o tal vez excesivamente reclinado.

Me enderezo en la silla.

—Súbete a la camilla y veremos qué podemos hacer.

Cuando dice subirse, se refiere a sentarse. Me siento en la camilla con las piernas colgando.

—¿Sabe lo que son los pansexuales? —pregunto precavido.

Se queda pensando.

—No, creo que no. —Rodea la camilla hasta situarse a mis espaldas—. ¿Alguien que siente especial atracción por el pan y sus derivados?

Es un chiste.

Recorre mi espalda con los dedos, extendiéndolos como las patas de una araña, mientras continúa hablando.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Conoce a su vecino, el señor que vive en el quince? —le pregunto.

—¿Te refieres al señor Sheridan?

—Es matarife. Los matarifes se dedican a sacrificar caballos.

No dice nada. Me frota la espalda a la altura aproximada de la sexta vértebra.

—¿Te importaría tenderte de espaldas a mí, Oliver? Puedes poner la cara aquí. —Podría haberme dicho «boca abajo», ahorrándose con ello algunas sílabas.

Señala un pequeño agujero, parecido al asiento de un váter, que hay en un extremo de la camilla.

—¿Aquí, Andrew? —pregunto.

Asiente. Me pongo boca abajo y asomo la nariz por el agujero.

— Ahora bajaré la camilla, Oliver. — La camilla desciende, cobra vida por un breve instante. Me pregunto si habrá mentido con lo de que no conoce el significado de la palabra «pansexual».

Masajea la zona que rodea mi octava vértebra.

— Conozco bien al señor Sheridan, Oliver. Es pintor decorador — dice. Ascende ahora hacia la nuca.

— Tiene los ojos y el aspecto de un asesino, Andrew — digo.

Dice mi madre que si quieres recordar el nombre de alguien, tienes que dirigirte a esa persona por su nombre un mínimo de dos veces a lo largo de la primera conversación que mantengas con ella.

No veo más que un diminuto pedazo de moqueta azul claro. Pienso en escupir en ella. O en intentar vomitar.

Aplica algo más de presión sobre mi nuca.

— La familia que vive en el número trece son zoro... — Me quedo sin aire cuando masajea mi espalda como si estuviera amasándola—. Zoroastrianos. El zoroastrismo es una religión de la antigua Persia, de una época anterior al islam.

No puedo evitar refunfuñar. Confío en que no pienso que estoy disfrutando con lo que me hace.

— Estoy casi seguro de que son musulmanes, Oliver. — Me presiona la nuca con más fuerza. Si quisiera vomitar, podría hacerlo —. Muy bien — dice. Una máquina emite un pitido parecido al de un televisor al apagarse—. Voy a practicar una ecografía por ultrasonidos en la espalda. — No sé qué significa la palabra «ultrasonidos». En condiciones normales, me apuntaría la palabra en la palma de la mano, pero en mis actuales circunstancias me

veo obligado a morderme el interior de la mejilla a modo de recordatorio.

—Esto está frío —dice, y parece como si estuviera cascando huevos sobre mi espalda. No resulta desagradable.

Pienso en lo que me ha dicho sobre la familia del número trece y el hombre del número quince. Pienso en cómo me toca la espalda, en el falso esqueleto del rincón y en que ha dicho que tengo los fémures largos.

Podría vomitar sin ningún problema.

Me extiende el gel por la columna y la nuca con lo que parece la bola de un desodorante para las axilas. Aún no tengo necesidad de utilizar desodorante. Dice Chips que los desodorantes son de gay.

—Vomitó sobre su coche —le digo. Deja de frotarme la espalda con aquello.

—¿Qué?

Me cuesta hablar; tengo las mejillas apretujadas.

—Sobre el capó. Pero no se quedó pegado porque llovió.

—¿Que vomitaste sobre mi coche? —dice. Es como si le estuviera hablando a un bebé.

—Sí, vomité sobre su coche. El amarillo. La alarma del coche había estado sonando toda la noche y pretendía darle una lección.

Tengo la impresión de que voy a vomitar de verdad. Empiezo a sentir la cara entumecida. Hay un nuevo pitido. Creo que ha apagado alguna cosa. Lo oigo deambular de un lado a otro. Me siento muy vulnerable. Veo de vez en cuando uno de sus mocasines. Se detiene. Espero que haga o diga algo.

—Ya puedes sentarte, Oliver. Hemos terminado.

Después el médico se mostró muy amable conmigo. Me explicó que estoy muy sano y que mi espalda está perfecta. Me regaló un soporte lumbar, un cojín en forma de salami, porque, dijo, quiere que a partir de ahora seamos amigos.

Escondo el soporte lumbar debajo de la camisa antes de entrar en casa.

Mi madre me espera sentada en el segundo peldaño de la escalera.

—¿Qué tal ha ido?

—Muy bien..., me siento relajado de verdad.

Tiene el pelo a medio secar. Las puntas son de un tono castaño más oscuro que las raíces.

—Estupendo. ¿Volverás a ir?

—No, resulta que solo tenía un pequeño trauma infantil; enseguida lo averiguó. Dice que uno de mis principales problemas es que no me siento suficientemente unido a mis padres. Que no comparten todo lo necesario conmigo.

Se queda mirándome. Lleva un polar horroroso de color morado.

—¿Qué escondes debajo del jersey?

Bajo la vista hacia mi abultado pecho.

—Un cojín nuevo.

—¿Qué?

—Para poder dormir por las noches. Me cuesta dormir. Y es básicamente por vuestra culpa.

—¿Puedo verlo?

—No. Te he mentado. Son revistas porno enrolladas.

Me mira entrecerrando los ojos.

—Dime qué escondes debajo del jersey, Olly.

Es en momentos como este cuando me alegro de ser un adolescente.

Aprovecho la postura de mis padres con respecto a los tacos: *es mi problema*.

—¡Que te jodan! —vocifero, pasando a toda prisa por su lado y subiendo las escaleras de tres en tres. Gracias a Dios que tengo buenos fémures.

Subo corriendo a mi habitación, me siento a la mesa y me pongo a escribir un cuento:

Nuestro sistema solar tiene nueve planetas, siendo Saturno el más grande. Las formas de vida de Saturno son silenciosas. No necesitan boca porque se comunican a través del pensamiento, no del habla.

«Quiero quedarme en mi habitación», le dice mentalmente un joven saturnino a su madre.

Su madre lo comprende a la perfección. Capta el significado de lo que le dice de un modo que los monosílabos hablados de la Tierra jamás serán capaces de replicar. Sabe que a su hijo le apetece estar un rato a solas, sin que le pregunten si está bien, sin que se preocupen por él, sin necesidad de ir dejándole folletos explicativos por toda la casa.

Me paso la lengua por la pequeña muesca del interior de mi pared bucal. Y a continuación busco en la enciclopedia la palabra «ultrasonido».

La técnica del ultrasonido utiliza ondas de alta frecuencia para estudiar zonas del cuerpo de difícil acceso. La técnica del ultrasonido se desarrolló en la Segunda

Guerra Mundial para localizar objetos sumergidos: cargas de profundidad, submarinos, la Atlántida y cosas por el estilo.

La primera cosa que robé en mi vida fueron tres libras y cuarenta y cinco peniques de la repisa de la chimenea durante la fiesta de cumpleaños de Ian Grist. Me lo gasté en pegamento Copydex.

Lo segundo que robé fue la *Oxford Encyclopaedia* de mi padre. El caso provocó una pequeña disputa entre mi madre y mi padre, que dijo:

—Siempre la guardo exactamente en el mismo lugar después de consultarla y... ¡mira! ¡No está!

Al día siguiente fue a comprar dos ediciones de tapa dura de la enciclopedia, una negra y la otra azul marino.

—Aquí la tienes — me dijo —, te he comprado una solo para ti.

El libro cayó sobre la mesa con un ruido sordo.

Unos meses después, estando mi madre ausente por motivo de una conferencia, deposité la vieja enciclopedia en el descansillo, delante de mi habitación. Quería que mi padre la encontrase allí. La dejé abierta por las páginas 112-113, donde aparece la entrada correspondiente a «disonancia cognitiva».

La disonancia cognitiva es un concepto propuesto por el psicólogo Leon Festinger en 1956 que hace referencia a su hipótesis de consistencia cognitiva.

La disonancia cognitiva es un estado de oposición entre cogniciones.

Una cognición es, básicamente, una idea, una creencia o una actitud.

La teoría de la disonancia cognitiva sostiene que las cogniciones en conflicto actúan como un estímulo que impulsa a la mente humana a adquirir o generar nuevas ideas o creencias, o a modificar las creencias existentes, con el fin de *minimizar* la cantidad de disonancia (conflicto) entre cogniciones.

Mi padre leyó la entrada y después, sin comentario alguno, guardó de nuevo el libro en mi estantería.

Con motivo de mi último cumpleaños, mi padre me compró un *Collins English Dictionary* de bolsillo. Solamente cabría en un bolsillo especialmente diseñado para ello.

Las Navidades pasadas, siguiendo su costumbre cuando cree haber tropezado con un filón de regalos fáciles y satisfactorios, mi padre me obsequió con un *Roget's Thesaurus*, un tocho que destaca en mi arsenal por su grosor.

Tengo siempre mis libros de consulta a mano cuando me dedico a observar por la ventana a los vecinos que viven calle abajo.

Ocupo la habitación de la buhardilla de un edificio que es en parte propiedad de mis padres y en parte propiedad del banco.

Vivimos hacia la mitad de la ladera de una empinada colina, en una casa adosada de tres plantas. La zona se conoce como Mount Pleasant. Los victorianos construyeron las calles en forma de cuadrícula, de tal modo que todas las casas miran hacia la misma dirección, dominando la bahía. Dicen mis padres que tengo una vista fantástica, pero yo no creo en el paisaje.

Swansea tiene forma de anfiteatro. El ayuntamiento es como un personaje colocado en primera fila lucien-

do un sombrero en forma de torre de reloj completamente falto de gracia.

Desde su dormitorio en la primera planta, mi padre disfruta viendo aparecer el transbordador procedente de Cork por detrás del faro de Mumbles y contemplándolo luego adentrarse lentamente en la bahía.

—Y aquí tenemos a *Corky* —dice, como si presentara al participante de un concurso.

Me gusta mirar las ventanas y los jardines traseros de las casas de Grovelands Terrace. Me considero un excelente juez de caracteres.

Los miembros de la familia que vive en el trece siguen siendo seguidores de Zoroastro.

La vieja fea del número catorce es una triscaidecáfóbica. Le tiene miedo al número trece.

El hombre del número quince sigue siendo un matarife.

Y luego está Andrew Goddard, en el número dieciséis: excelente médico pansexual y, a la vez, mentiroso compulsivo.

Domingo. Mi padre y yo estamos en el vertedero, que no es otra cosa que un aparcamiento lleno de cajas, máquinas trituradoras y contenedores enormes. El cielo tiene un color gris hormigón. Huelo a posos de cerveza, vinagre y tierra.

Me peleo por pasar las botellas de vino a través del áspero cepillo que protege la apertura del contenedor de cristal. Es un poco como una fosa común y todas las botellas verdes son judíos. Hay botellas marrones, y también botellas transparentes, pero ni de lejos abundan tan-

to como las botellas verdes. Con una eficiencia digna de la Gestapo, extraigo otra botella verde de la caja que hemos traído de casa.

Todos los cuerpos serán triturados, reciclados y utilizados para construir autopistas.

— Oliver, tenemos algo que decirte — me dice mi padre, descargando el contenido de una caja de cartón llena de desperdicios del jardín en una máquina de color verde sapo.

A diferencia del médico, cuando mi padre utiliza el plural, lo utiliza correctamente, pues mi madre es omnipotente.

— ¿Quién se ha muerto? — pregunto, tirando una botella de Richebourg como si fuera un lanzador de peso.

— No se ha muerto nadie.

— ¿Vais a divorciaros?

— Oliver.

— ¿Mamá está embarazada?

— No, vamos...

— Soy adoptado.

— ¡Oliver! ¡Calla de una puta vez, por favor!

No puedo creer que haya dicho eso. Me parto de la risa. Se aturulla y se pone colorado, sin acabar de soltar el montón de suplementos del periódico del domingo que tiene en las manos. Sigo riendo aun cuando la situación ya no tiene ninguna gracia.

Pero lo que mi padre dice acto seguido acaba de golpe con mis risas. Nada podía haberme preparado para aquello.

— Tu madre y yo lo hemos decidido: necesitamos unas vacaciones. Hemos hecho reservas para irnos todos por Semana Santa. A Italia — dice.